



Exposición «¡Local, local! La ciudad que viene»
22/02/2010 – 02/05/2010

El futuro de las ciudades

Los demógrafos más serios dicen que, en la prehistoria, la esperanza de vida de los humanos estaba en torno a los 18-19 años. A finales del siglo XIX, en nuestro país estaba en torno a los 36-37 años. Un siglo más tarde, sobre los 80 años. Al mismo tiempo, durante el siglo XX la población mundial pasó de 1.650 millones a 7.700 millones. Si en un siglo la esperanza de vida se ha doblado (cuando antes para doblarla se había necesitado toda la historia de la humanidad) y la población se ha multiplicado por cuatro, si bien el siglo XX ha sido el más mortífero de la historia, con cuatro genocidios y enormes masacres políticas, quedan pocas dudas de que el hecho más importante del siglo pasado ha sido la bomba demográfica. En consecuencia, la población mundial se ha ido desplazando del campo a la ciudad. Vivimos en un momento masivamente urbanizado. De manera que la ciudad se ha convertido en «el contenedor de todos los problemas del mundo» (Zygmunt Bauman), el lugar natural de la conflictividad social y política.

Esta explosión urbana amenaza al modelo de ciudad, «lugar de una humanidad particular» (Marc Bloch), que tomó forma en Europa hacia finales de la época medieval. En muchos lugares existe la sensación de que el equilibrio entre urbe –la materia de la ciudad– y *civitas* –el espíritu de la ciudad– se está rompiendo y genera un malestar de la cultura urbana que se extiende en cualquier parte del mundo, como uno de los primeros indicios de que la globalización afecta también a la sentimentalidad urbana. Es un malestar persistente y transversal que se manifiesta en todas partes y toma en todas partes formas netamente diferenciadas. Como si contuviera una respuesta a la pregunta por el cosmopolitismo: sensaciones compartidas, universales, con formulaciones diversas, locales, perfectamente comprensibles por todos.

En este contexto, la reflexión sobre el futuro de las ciudades es clave. Y plantea problemas urgentes de escala, de instrumentos de relación y convivencia entre extraños. En definitiva, la posibilidad de vivir juntos gente rara y diversa es la esencia de la ciudad y el problema principal del futuro inmediato de la humanidad.

Todo es susceptible de cambiar. Ninguna forma institucional es eterna. Y podría perfectamente pasar que lo que hoy aún llamamos ciudad, un buen día deje de serlo y tengamos que inventar otro nombre para identificarla. Pero si queremos preservar aquellas cosas que han hecho de la ciudad el lugar privilegiado de la autonomía y de la libertad del individuo, tendremos que articular políticas urbanas que, si es posible, garanticen las condiciones para mantener esta idea de ciudad viva. Este necesario cultivo para que la ciudad siga siendo digna de este nombre, tiene algunos componentes ineludibles: la densidad, el espacio público, el carácter abierto y una cierta forma referencial. Todo es cada vez más nuevo en una ciudad sometida a este doble juego de constricción del espacio y de aceleración del tiempo que llamamos globalización. Pero la lógica de cambio permanente que, desde Simmel, sabemos que caracteriza a la ciudad, inquieta por definición, es perfectamente asumible si somos capaces de preservar la densidad –que hace a la ciudad mucho más eficiente y viva–; el espacio público –que es el lugar urbano por excelencia, donde el encuentro entre extraños se hace real–; el carácter abierto, de una identidad que no puede ser nunca excluyente, todo el mundo tiene un lugar



dentro de la ciudad; y la forma de referencia que es como el alma material de la ciudad. La de Barcelona es muy evidente, gracias a Cerdà. Y es esta forma la que tendría que contaminar a la aglomeración metropolitana. Es decir, tenemos indicaciones mucho más precisas que otras ciudades para saber hacia dónde tiene que ir el cambio de escala.

¡Local, local! La ciudad que viene es una propuesta de reflexión sobre los territorios urbanos del futuro inmediato. Donde se ven las amenazas: la destrucción física de la ciudad por la vía de la urbanización de las formas urbanas dispersas; o la destrucción espiritual de la ciudad por la vía del hipercontrol securitario y de la hiperparcelación individualista, en perjuicio de los espacios comunes, libres y compartidos. Y es también una serie de indicaciones sobre las potencialidades que el impacto de lo global puede tener sobre las ciudades, siempre y cuando el poder del imaginario local tenga suficiente capacidad para metabolizar los *inputs* y hacerlos propios. De hecho, esta es la lección de los últimos años. La ciudad ha demostrado su vitalidad. Ni el poder vírico global ha acabado con ella, ni las defensas numantinas de identidades locales han conseguido asfixiarla. Una vez más, la ciudad se está salvando por la vía de la densidad, la mezcla y la capacidad de cambio. La que no siga caerá: adiós, ciudad.